



**Representación del
sujeto emigrante,
como el “otro”,
en la novelística
ecuatoriana.**

RESUMEN

Con fundamento en los aportes teóricos provenientes de la sociología, la filosofía, la antropología y la etnografía se problematizan, ejemplifican y analizan los principales aspectos que afectan al sujeto emigrante, representado en seis novelas ecuatorianas, que abordan como temática de fondo el fenómeno sociológico de la emigración internacional: La memoria y los adioses (2006), de Juan Valdano Morejón (1940); El sudaca mojado (s.f.), de Mauricio Carrión Márquez; Los hijos de Daisy (2009), de Gonzalo Ortiz Crespo (1944); Trashumantes en busca de otra vida (2012), de Stalin Alvear (1942); y, La seducción de los sudacas (2010, aún inédita) y La utopía de Madrid (2013), de Carlos Carrión Figueroa (1944). Los elementos analizados se refieren al sujeto emigrante ecuatoriano, que es tratado como el “otro” en los países de destino; las expresiones de racismo y xenofobia de ciertos nativos, en contra del emigrante; y, los permanentes maltratos de que es víctima en los trabajos, como secuela del trato discriminatorio que recibe.

PALABRAS CLAVE: Otredad; migración internacional; narrativa ecuatoriana; racismo; xenofobia.

ABSTRACT

Based on theory from the fields of sociology, philosophy, anthropology and ethnography, this article analyses, debates and offers examples of the most important aspects affecting emigrants in six Ecuadorian novels, whose principal theme is the sociological phenomenon of international emigration: La memoria y los adioses (2006), by Juan Valdano Morejón (1940); El sudaca mojado (without date of edition), by Mauricio Carrión Márquez; Los hijos de Daisy (2009), by Gonzalo Ortiz Crespo (1944); Trashumantes en busca de otra vida (2012), by Stalin Alvear (1942); and La seducción de los sudacas (2010, unpublished) and La utopía de Madrid (2013), by Carlos Carrión Figueroa (1944). The article analyses the figure of the Ecuadorian emigrant -treated as the “other” in the receiving countries-, expressions of racism and xenophobia, and the constant abuses and discrimination suffered at work.

KEYWORDS: Otherness; international migration; Ecuadorian narrative; racism; xenophobia



YOVANY SALAZAR ESTRADA

Universidad Nacional de Loja

ysalazarec2002@yahoo.es

ARTÍCULO PRESENTADO PARA REVISIÓN: 18 DE MARZO DE 2015

ARTÍCULO ACEPTADO PARA PUBLICACIÓN: 15 DE MAYO DE 2015

se conocen, se inició con los poemas homéricos, desde la Grecia clásica; pues como lo sostiene Javier Gómez Espelósín, en el viaje de retorno de Ulises a su natal isla de Ítaca, las complicaciones se acrecentaban por el encuentro con seres extraños, que provenían de occidente: “En el otro, el ‘occidental’, a los riesgos conocidos se añaden vivencias terribles que sobrepasan los límites de la experiencia humana como el olvido definitivo de la patria, la práctica del canibalismo, la conversión en bestias y el contacto continuado con los monstruos” (Gómez Espelósín, cit. en Marco Simón, 2004: 26).

En la época contemporánea, hablando desde el imperio capitalista estadounidense, el intelectual palestino Edward Said sostiene que lo que ahora se encuentra ante nosotros es la honda, la profundamente perturbadora cuestión de nuestra relación con los otros y todo lo que deviene de esta interacción: otros territorios, otras geografías, otras culturas, otras prácticas, otros Estados, otras historias, otras experiencias, otras tradiciones, otras instituciones, otros pueblos y otros destinos. En el marco de las experiencias que generan estos nuevos contactos, la dificultad de las cosmovisiones etnocentristas es que no hay ninguna superioridad

al margen de la realidad de las relaciones entre culturas, entre potencias imperiales y no imperiales desiguales, entre diferentes “Otros”, una superioridad que pueda concedernos el privilegio epistemológico de juzgar, valorar e interpretar estando libres de los abarrotados intereses, emociones y compromisos de las propias relaciones en curso” (Said, 2005: 284).

Por lo tanto, como dice más adelante el propio Said, hay que contemplar a los “otros” no como algo ontológicamente dado sino como históricamente construido, lo cual supone socavar los sesgos exclusivistas, de raigambre etnocentrista, que tan a menudo se atribuye a las culturas, sobre todo a las otras, vistas desde el punto de vista de quienes detentan el poder, comenzando por el de enunciación y representación (Cfr. Said, 2005: 295).

En esta misma línea de pensamiento sobre las formas de interacción con los otros, como expresa el sociólogo y filósofo polaco Zygmunt Bauman:

Los esfuerzos por mantener a distancia, al otro, al diferente, al extraño, al extranjero, la decisión de excluir la necesidad de comunicación, de negociación y compromiso mutuo (...) encaja perfectamente, con nuestra obsesiva preocupación contemporánea por la polución y la purificación, con nuestra tendencia a identificar el peligro con la invasión de cuerpos extraños y a identificar la seguridad con la pureza (Bauman, 2004: 117).

Actitud que se explica porque, como lo expresara, con mucha anterioridad, Emmanuel Levinas: “la presencia del otro equivale al cuestionamiento de mi dichosa posesión del mundo” (Levinas, 2012: 99).

INTRODUCCIÓN

El fenómeno sociológico de la migración interna en el Ecuador ha estado representado en el género novelístico, desde los inicios del Siglo XX, con obras como: A la Costa (1904), de Luis Alfredo Martínez (1869-1909); El éxodo de Yangana (1949), de Ángel Felicísimo Rojas (1909-2003); Los hijos (1962), de Alfonso Cuesta y Cuesta (1912-1991); y, El retorno (2013), de Aquiles Hernán Jimbo Córdova.

La representación de la emigración internacional de ecuatorianos, en dirección a Estados Unidos de Norteamérica y otros Estados nacionales más desarrollados del Hemisferio Boreal, se inicia con El muelle (1933), de Alfredo Pareja Diezcanseco (1908-1993) y más de setenta años después continúa con El inmigrante (2004), de Gonzalo Merino Pérez (1939); El sudaca mojado (s.f.), de Mauricio Carrión Márquez; y, Los hijos de Daisy (2009), de Gonzalo Ortiz Crespo (1944).

Luego de la “estampida emigratoria” de ecuatorianos hacia España, a fines del siglo XX y principios del XXI, emergerán seis novelas, cuyas historias ficticias giran, de manera exclusiva, sobre este fenómeno sociológico: Camas calientes (2005), de Jorge Becerra (1944); La memoria y los adioses (2006), de Juan Valdano Morejón (1940); Trashumantes en busca de otra vida (2012), de Stalin Alvear (1942); La seducción de los sudacas (2010) y La utopía de Madrid (2013), de Carlos Carrión Figueroa (1944) (Salazar, 2014, p. 18-19).

De las múltiples temáticas que pueden ser objeto de análisis, en el ensayo analítico que se desarrolla en las páginas subsiguientes sólo se analizan tres de las principales problemáticas que afectan a los sujetos emigrantes que protagonizan las historias ficticias de las novelas antes mencionadas: el sujeto emigrante como el “otro” en el país de destino; expresiones de racismo y xenofobia que afectan al sujeto emigrante ecuatoriano; y el maltrato en el trabajo que reciben los emigrantes ecuatorianos, a consecuencia de ser los “otros”.

I. EL SUJETO EMIGRANTE COMO EL “OTRO” EN EL PAÍS DE DESTINO

La construcción del “otro”, del bárbaro, del extranjero, del forastero, del inmigrante, aunque no con las categorías y sistematizaciones que hoy

Según las afirmaciones de Zygmunt Bauman quien, desarrollando y siguiendo las ideas del antropólogo francés Claude Lévi-Strauss, sostiene que a través de la historia de la humanidad se han empleado dos estrategias para enfrentar la otredad de los otros y son: la antropoémica y la antropofágica. La primera estrategia consistía en “vomitar”, expulsando a los otros considerados irremediabilmente extraños y ajenos.

Hoy, las variantes extremas de la estrategia ‘émica’ son, como siempre, el encarcelamiento, la expulsión y el asesinato. Las formas superiores y refinadas (...) la separación espacial, los guetos urbanos, el acceso selectivo de espacios y la prohibición selectiva de ocuparlos” (Bauman, 2004: 109).

En palabras del autor citado, la segunda estrategia, la antropofágica “consiste en la desalienación de sustancias ‘extrañas’, ‘ingerir’, ‘devorar’, cuerpos y espíritus extraños, para convertirlos, por medio del metabolismo, en cuerpos y espíritus idénticos, ya no diferenciables, del cuerpo que los ingirió” (Bauman, 2004: 109).

Obviamente que en la sociedad y en la ciudad contemporáneas, en donde se está construyendo la llamada “modernidad líquida” solo pueden estar la gente bien; los desechables, los seres humanos residuales, los prescindibles tienen que quedar fuera del territorio amurallado; por cuanto la ciudad constituye: “un territorio estrechamente vigilado, donde los que hacen cosas que pueden disgustar a los demás son rápidamente castigados y puestos en línea – donde los holgazanes, vagabundos y otros intrusos ‘que no son de aquí’ tienen cerrada la entrada o son perseguidos y expulsados” (Bauman, 2004: 99).

Lo antes expresado fundamenta la concepción del sujeto migrante como el “otro”, el portador de rasgos culturales que resultan extraños y despiertan desconfianza en el país de acogida, lo cual induce a su exclusión como sujeto de plenos derechos, es fácil víctima de trato discriminatorio, explotación, dominación y menosprecio. Se convierte así en uno más de los parias de la modernidad: “construidos en realidad como infra sujetos por su condición (dictada por el mercado) de superfluos, de sustituibles, sino abiertamente desechables, como lo son por definición los objetos de consumo que produce/impone ese mercado” (Lucas, 2012: 69).

En la línea de pensamiento antes formulada, para impedir el acceso, evitar la presencia, deshacerse o alejar a estos “otros” extraños, que simbolizan el mal y amenazan con perturbar la tranquilidad y bienestar de los nativos de

los países del hemisferio norte receptores de inmigrantes económicos provenientes del Sur se han empleado múltiples estrategias y métodos: “desde la discriminación y la segregación a la limpieza étnica y el blindaje de fronteras, combinados con la admisión selectiva y la expulsión que práctica hoy la Unión Europea con los emigrantes” (Bello, 2011: 229).

Abonan a estas actitudes discriminatorias, de algunos nativos de los países receptores, en contra de los sujetos migrantes, el hecho de que los partidos políticos que en campaña se han pronunciado, de manera frontal, en contra del descontrolado ingreso de nuevos migrantes han tenido éxito electoral en las urnas; puesto que, exceptuando a Estados Unidos y Gran Bretaña: “En prácticamente todas las sociedades con unos sistemas electorales más inclusivos, los partidos que basan su programa en oponerse a la inmigración están captando hoy día un porcentaje notablemente alto de votos” (Collier, 2013: 69).

Lo paradójico de este miedo y rechazo al “otro” es que la reafirmación de la siempre elusiva identidad, personal o colectiva, sólo es posible ponerla en evidencia y hacerla visible, gracias a la presencia y diferencia del “otro”, cuyos rasgos identitarios generan la conciencia de lo que es portador cada individuo o pueblo; puesto que, como dijo Jacques Derrida, el otro es necesario hasta para aprender a vivir; porque “vivir, por definición, no se aprende. Ni de uno mismo ni de la vida por la vida. Solo del otro y de la muerte” (Derrida, 2003: 14).

Por supuesto que la construcción del “otro”, de similar manera a lo que se dirá más adelante en relación a la xenofobia y el racismo, siempre se lo hace desde el punto de vista e intereses de quienes detentan el poder. Como dice Iain Chambers se lo ha hecho desde: “la mirada de Dios hoy secularizada, que ha descendido a la tierra para hablar en la mesurada voz del experto, del científico del intelectual” (Chambers, 1995: 176). Consecuentemente esta construcción, intencionada y sesgada del otro ha servido para: “la reproducción histórica, cultural y moral de nuestros ‘yo’ (...) y de nuestro sentido peculiar del mundo, del centro, del conocimiento, del poder” (Chambers, 1995: 53).

Estas expresiones de discriminación y segregación en contra del “otro” se siguen dando, no obstante que existen criterios como los Edward Said y otros intelectuales que sacuden y dejan en evidente entredicho las bases sobre las cuales se asientan. En esta perspectiva, hay que tener muy en cuenta los planteamientos del ideólogo del concepto de la negritud, Aimé Césaire, quien sostiene que no hay ningún derecho que garantice la

pretendida perpetuación de las supuestas superioridades, de una cultura en desmedro de otra. Poéticamente lo ha expresado así: “y ninguna raza tiene el monopolio de la belleza, de la inteligencia, / de la fuerza / y hay sitio para todos en la cita de la conquista y ahora sabemos que el sol / gira alrededor de nuestra tierra iluminando la parcela que ha fijado nuestra sola voluntad” (Césaire, s.f: 4-5).

Los criterios en torno a la construcción del “otro”, citados con anterioridad, son muy pertinentes para analizar el trato que reciben los emigrantes ecuatorianos en los países de destino; puesto que, por ejemplo, en España y específicamente en su capital, la masiva ocupación de un espacio público, dentro del Parque del Buen Retiro de Madrid, sobre todo los fines de semana, generaron las reacciones negativas de un segmento de habitantes madrileños, algunos de los cuales imaginando ver en cada inmigrante un sujeto de bajo nivel sociocultural, un pobre, un delincuente, un ladrón, un asaltante, un criminal, una prostituta dejaron de visitarlo, conforme se pone de manifiesto en una de las novelas analizadas:

En todo caso los madrileños miraban a los mestizos como simples invasores entrometidos que llegaron sin invitación a la península ibérica, en donde algunos españoles se sentían en la actualidad más europeos con tendencias a comportarse como anglosajones, teutones o germanos racistas, y aborrecían a aquellos extranjeros que se apoderaron de su Parque (Carrión, s.f.: 68).

En este proceso de construcción de una imagen negativa de los ecuatorianos aledaños en España juegan un papel preponderante los diversos medios de difusión colectiva, como dice Juan Goytisolo:

Si por desgracia algunos medios de comunicación han tomado la costumbre de engordar desproporcionadamente (...) los pocos casos de inseguridad provocados por inmigrantes marginales y marginados, es con el fin de ocultar de un modo eficaz la verdadera y a menudo dramática situación de inseguridad en el trabajo que padecen los propios inmigrantes (Goytisolo, 2000: 118).

Una situación muy similar a la denunciada por Goytisolo es la que pone de manifiesto Mauricio Carrión Márquez, en la novela *El sudaca mojado*, en donde se denuncia que: “En España se echaba toda la culpa a los ilegales como los culpables del aumento del crimen y delincuencia en toda la península ibérica, a más de cualquier nueva crisis económica que descuadraba las cuentas del erario nacional” (Carrión, s.f: 196). Y más adelante, el narrador omnisciente de la novela citada, se refiere, con exclusividad, al medio de difusión colectiva más poderoso:

La televisión en las noticias de la noche informó detalladamente el frustrado asalto y mostraron las caras de los delincuentes repitiendo su calidad de ilegales latinoamericanos, y nuevamente el comentario de Ratz de la tele repitió su acostumbrado slogan: ‘tenían que ser de Santa Trinidad’ (Carrión, s.f., p. 197).

La consecuencia de la construcción del sujeto emigrante ecuatoriano como el “otro” se pone de manifiesto en el hecho de que un segmento de españoles los tienen en el peor concepto y hasta los mismos

ecuatorianos, por el estigma que los perjudica, quieren hacerse pasar por nativos de otras naciones: “Para ellos todos somos borrachos, vagos, promiscuos, guarros, chorizos, mariguaneros, ineptos, desechables, peor que los gitanos de Vacía Madrid. Por eso es mejor decir que somos peruanos, bolivianos, colombianos. Sobre todo con Abdalá, Jamil o con Lucio Gutiérrez de presidentes” (Carrión, 2010: 320).

II. EXPRESIONES DE RACISMO Y XENOFOBIA QUE AFECTAN AL SUJETO EMIGRANTE ECUATORIANO

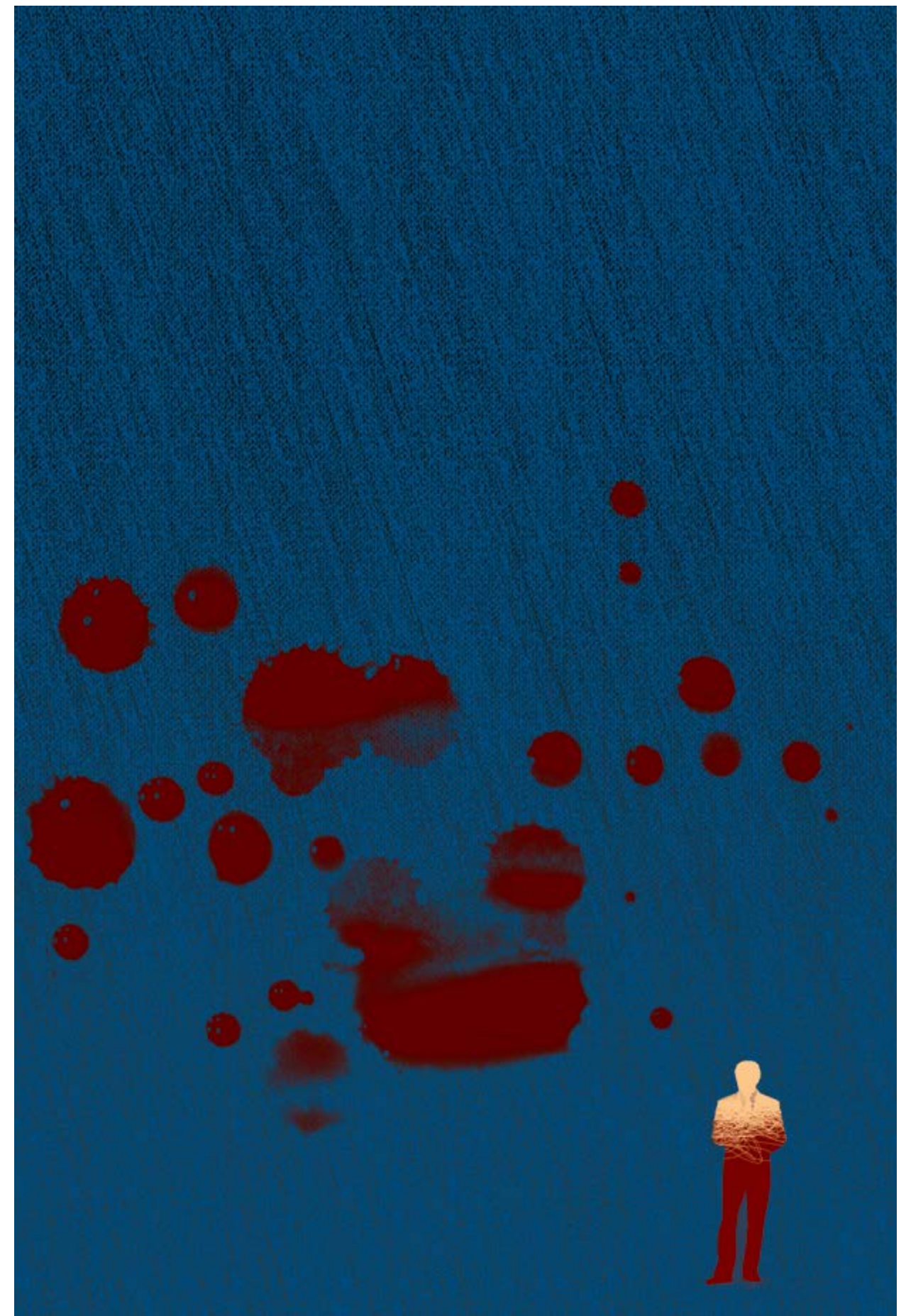
Muy vinculado con la visión del sujeto emigrante ecuatoriano como el “otro”, con la otredad que se le atribuye por provenir de un Estado nacional distinto y del Sur se ubica el racismo, en contra del emigrante ecuatoriano que ha dejado su país de origen. El racismo se refiere a la supuesta superioridad biológica y/o cultural de una “raza humana”, respecto de las otras. En palabras de Antonio Tello:

“constituye el rechazo, menoscabo y discriminación de ciertos individuos o comunidades como consecuencia de su identidad racial o étnica o de su origen territorial (...) Es una perversión ideológica que parte de la confusión de los conceptos de raza y cultura a raíz de la prolongación del darwinismo biológico en el darwinismo social” (Tello, 1997: 68-69).

El racismo emerge de la desmesura amenazante de la otredad que porta el forastero: “El racista no pretende asimilar, ni convertir, ni tan siquiera someter a ese otro que, por serlo, es distinto y diferente y peligroso y enemigo en fin de su existencia más esencial, su impulso lleva, en última instancia, a la extinción, a la muerte de ese ser amenazador que se dibuja sobre el entorno de lo familiar” (Caparrós. Cit en Sanfeliu, 2010: 26). Consecuentemente, el racismo se manifiesta como rechazo a la diferencia o miedo a la otra cultura, sobre todo a los migrantes provenientes de países pobres del Sur (África, América Latina).

En criterio del último autor citado, las reacciones racistas se pueden evidenciar de dos maneras: excluyendo al extraño, a través de detenciones ilegales, deportaciones, torturas o tratos crueles, la persecución, las ejecuciones extrajudiciales y hasta el genocidio; o, dominando e incorporando a la propia cultura del país de recepción. En este caso se expresa a través de la violación del derecho al trabajo, a la educación, a la salud, a la seguridad social, a la diversidad cultural, a la reunificación familiar y el acceso a la justicia.

Entre las causas del racismo están, también, el miedo a lo desconocido que portan los sujetos migrantes y se hace más evidente cuando comienzan a llegar en número significativo, es entonces cuando entre los nativos se idean medidas extremas para evitar la llegada de nuevos migrantes y se construyen muros y alambradas en las fronteras que separan a los Estados nacionales del Sur y el Norte, tal como acontece en los espacios limítrofes entre México y Estados Unidos de Norteamérica o entre Marruecos y España, como natural puerta de ingreso a Europa. A más del endurecimiento de las leyes migratorias,



se ha optado por cercas físicas, porque: “Se abriga la esperanza de que las barreras fronterizas, que se construyen concienzudamente para evitar la entrada de ‘falsos’ refugiados políticos y de ‘simples’ inmigrantes económicos, sirvan para fortificar una existencia irregular, inestable e imprevisible” (Bauman, 2009: 27).

Estas reacciones se dan porque se ve a los “Otros”, a los emigrantes, como una amenaza de invasión y de disminución de los recursos y bienes que garantizan el bienestar y confort de los nativos de los países de mayor desarrollo industrial del Hemisferio Norte: “en un contexto de adelgazamiento de los recursos que ya nos obliga a apretarnos el cinturón, como para que encima otros pretendan apropiarse de nuestras migajas de pastel” (Lucas, 2012: 86).

Para explicar las manifestaciones racistas de algunos habitantes de los Estados nacionales receptores de los flujos migratorios es necesario hacer referencia a la posición de la Nueva Derecha Europea, la cual tiene la percepción de la especie humana: “como un ser desigual, agresivo, territorial y jerarquizado” (Bergalli, 2006: 105). En estrecha relación con esta concepción ideológico-política se ubica el denominado fundamentalismo cultural, el cual lleva implícito la idea de xenofobia: “puesto que para esta postura ideológica los seres humanos somos inherentemente etnocéntricos y las relaciones entre culturas se presentan por ‘naturalidad’ hostiles, obviando que son el resultado de relaciones político-económicas y de conflictos de intereses específicos” (Pedone, 2006: 44).

En la misma línea de consideraciones se hace oportuno recordar que, a partir de 1990, con el auge de la inmigración irregular procedente del mundo subdesarrollado del Sur, en distintos países de Europa: “rebrotan signos racistas y xenófobos hacia algunos colectivos migrantes. Los ataques a los turcos en Alemania, a los magrebíes, subsaharianos y latinoamericanos en Francia y España son una muestra de ello” (Pedone, 2006: 44), lo cual pone en evidencia que mientras las fronteras intraeuropeas se presentan cada vez más permeables, las fronteras exteriores se cierran con más fuerza y convicción, con argumentos jurídicos y fuerzas policiales, que impiden el acceso o excluyen a los inmigrantes pobres, provenientes del Sur.

Desde los Estados nacionales más desarrollados del Hemisferio Boreal, que se constituyen en los principales receptores de la migración contemporánea, se consolida una visión peyorativa del inmigrante “ilegal”, a los cuales se los cataloga como los nuevos invasores y a veces, incluso, como delincuentes. Por esta razón

La inmigración genera neurosis defensivas, las que a su vez generan prejuicios y estereotipos, odios y violencia. La paranoia del racismo es una enfermedad del cuerpo nacional. Los inmigrantes

aparecen como la pesadilla que usurpa, con su exceso de realidad, el horizonte del bienestar (Ortega, 2007, p. 19-20).

Como ya se lo anticipó, el racismo siempre ha sido construido por quienes detentan el poder, en determinado lugar geográfico o momento histórico, tal como lo demuestran los ejemplos, desde cuando Aristóteles excluye de la humanidad la normativa representada en el patriarcado ateniense “a las mujeres, los esclavos y los extranjeros”; o siglos después, durante los procesos de conquista y colonización ibérica de territorios de ultramar o cuando se ha experimentado la imposición de gobiernos autoritarios como el nazismo alemán, en los cuales los sujetos de la enunciación se convierten en los paradigmas de todas las virtualidades y el culmen de la evolución de la especie humana. Y cuando los otros, por su cercanía física e innegables diferencias, ponen en entredicho las supuestas superioridades paradigmáticas de los integrantes del grupo que detenta el poder estalla el racismo (Cfr. Bello, 2011: 227-228).

Los planteamientos antes expuestos se refuerzan con los cuestionamientos propuestos por parte del economista inglés de ascendencia alemana, Paúl Collier, quien critica la falta de hospitalidad en los países de recepción de la migración, al afirmar que:

“Los inmigrantes de los países pobres rara vez son bienvenidos en las sociedades de acogida ricas, y tienen que lidiar con el racismo y la discriminación laboral, comportamientos que menosprecian a sus huéspedes” (Collier, 2013: 129).

En virtud de que la mayoría de las novelas analizadas, y que explícitamente ponen en evidencia comportamientos racistas de algunos nativos, tienen como destino emigratorio de los ecuatorianos a España se hace necesario recordar las expresiones del ya citado Juan Goytisolo, para quien la sociedad española no es más racista que el resto de las sociedades europeas. Pero si lo es tanto como ellas, con su propio tono, sus fobias tradicionales, sus miedos y fantasmas. Y entre las causas de este racismo se pueden mencionar:

“miedo al paro y angustia ante un porvenir incierto; aumento de la competencia en el mercado de trabajo; el color, el sexo, la edad, la cultura, el nombre, la religión; todo se convierte en un factor de discriminación en el despiadado liberalismo del mercado” (Goytisolo, 2000: 151).

Como se ha expresado e insinuado con anterioridad, en estrecha relación con el racismo se encuentra la xenofobia o fobia a lo extranjero, la misma que constituye: “el rechazo de todo rasgo identidad cultural ajena y la tendencia a no reconocer al extranjero la misma categoría social y legal de los naturales, lo que supone ocultar toda posibilidad de mestizaje tanto cultural como étnico en el ámbito de la nación” (Tello, 1997: 67).

A este respecto son muy elocuentes los testimonios que dan los propios emigrantes ecuatorianos en España, quienes al referirse a las actitudes de los nativos sostienen que: “Ellos nos ven a nosotros los migrantes como poca cosa, pero lo que no toman conciencia es que reciben lo mismo de Europa que los ven también como inferiores” (Murillo, 2009: 29). Según otro testimonio, brindado por una pareja de esposos ecuatorianos, ella fue víctima de insultos por el hecho de llevar un niño en brazos y él recalca que:

“Sí, claro que pasa mucho. Fuera de lo que pasó con Dolores, que fue muy duro para nosotros, también les ha ocurrido a conocidos nuestros. Por eso, somos solidarios con las manifestaciones contra la xenofobia y apenas nos enteramos del caso de la niña de Barcelona... [En octubre de 2007] lo del tipo que le dio patadas en el metro y que se estaba convocando en una protesta en Puerta del Sol, nos hicimos presentes. Debemos ser solidarios” (Murillo, 2009: 79).

En el reporte de investigación etnográfica citado y que fue elaborado a partir de testimonios de los propios emigrantes ecuatorianos se denuncia que, incluso, de parte de algunos integrantes de la policía española se evidencia una actitud xenofóbica, al ejercer demasiado control respecto de los negocios de los ecuatorianos, por el único hecho de ser extranjeros: “La policía si es xenófoba, pues si ven un sitio latino, paran el coche y entran... piden los documentos del bar. Yo me he sentido acosado por ellos en varias ocasiones” (Murillo, 2009: 92).

Por desconocimiento, o falta de experiencia personal, este tipo de comportamiento de algunos españoles impresionan a uno de los personajes de El sudaca mojado, quien expresa que: “Jamás me imaginé que algunos españoles, hombres y mujeres, eran racistas (...) ¿Sabías que el término ‘Sudaca’ aquí en España es sinónimo de servidumbre? Fui una estúpida al escuchar a mi amiga Valquiria, fuimos un par de ingenuas las dos, yo más bruta por seguirla” (Carrión, s.f., p. 84). Y más adelante se ratifica esta percepción de los emigrantes ecuatorianos cuando, desde la capital española, se comenta que el ayuntamiento madrileño se propone prohibir el ingreso de los inmigrantes latinoamericanos que:

se han acostumbrado a invadir y tomarse el famoso y tradicional Parque orgullo de los madrileños (...) lo sabes amigo que aquí nos llaman ‘sudacas’ y lo peor de todo es que no nos gusta a los latinos ya que es un insulto racista o clasista aquí en España, al menos a mí ni me va ni me viene” (Carrión, s.f.: 91).

En Los hijos de Daisy, la única novela que, muy tangencialmente, aborda el fenómeno de la emigración de ecuatorianos hacia Italia, se sostiene que la presencia de pandillas juveniles – Latín Kings y Ñetas – con miembros provenientes de Hispanoamérica y Ecuador, y los actos de violencia que protagonizan por la rivalidad existente entre

ellas, han contribuido a degradar la imagen de los emigrantes ecuatorianos, ante los nacionales de ese país, hecho que dificulta la posibilidad de encontrar trabajo. Como lo pone de manifiesto un personaje de la novela analizada: “Mientras tanto, los actos de violencia han afectado la imagen de los ecuatorianos que vivimos en Italia y muchos, por esta mala imagen, tienen ahora dificultades para conseguir empleo” (Ortiz, 2009: 138).

En Trashumantes en busca de otra vida se presentan, asimismo, variadas evidencias de sentimientos xenófobos en contra de los emigrantes ecuatorianos, prejuicio racial que es denunciado por Clara Aponte, quien aprovechando un momento que Francisco Aleaga la deja a solas con el escritor Antoleano Galán le participa de la discriminación y el racismo de que son víctimas sus compatriotas. Un ejemplo es el de Alfonso Ramos, un contador público autorizado, con título traído desde el país de origen, quien solicita que le permitieran desempeñarse en su campo profesional, en la empresa agrícola en donde trabajaba, recibiendo por respuesta: “Tú, chaval, eres buen tipo, pero no dejas de ser extranjero y ecuatoriano, así que hasta ahí no más puedes llegar” (Alvear, 2012: 48).

Y cuando existe un indicio de que algún emigrante pueda tener aspiraciones de ocupar una mejor posición laboral, en seguida afloran los sentimientos xenófobos que tratan de condenar, a perpetuidad, a los emigrantes ecuatorianos a la escala más baja, en la jerarquizada distribución social de los puestos de trabajo. Evidencia de lo expresado es la candente discusión que se establece, en el interior de una casa de estudios superiores, entre el emigrante ecuatoriano Hernán y un compañero de diplomado, de nacionalidad española, quien se siente incómodo por la presencia de un extranjero y como respuesta recibe una serie de preguntas que ponen en evidencia que el ecuatoriano lo único que aspira y espera es ser tratado “de igual a igual”:

Cuando les limpiamos el culo a tus abuelos, a tus hijos; cuando cuidamos tu casa, preparamos tu comida y somos tus sirvientes, no dices nada, ¿eh? Pero cuando entramos en la universidad, te sientes en peligro. ¿Por qué? ¿Te has preguntado eso algún momento? ¿No será que te sientes inferior a nosotros porque eres un mediocre? Si es así, estoy de acuerdo contigo. A un mediocre lo puede echar de su plaza de trabajo cualquier tío y haces bien en sentirte amenazado (Carrión, 2010: 385).

Ventajosamente, la otra perspectiva del pensamiento, la que se ubica en la buena orilla de las causas de la especie humana y su continuo perfeccionamiento, en la novela de Stalin Alvear, es cultivada por el escritor Antoleano Galán, motivo por el cual, a criterio de las hijas de Clara, el famoso autor español, el padre Vega y el poeta Montesinos se entenderían de mil maravillas; puesto que sus cosmovisiones y puntos de vista sobre muchas

problemáticas del mundo contemporáneo serían coincidentes:

armaría un trío formidable para la tertulia, ya que entre ellos se entrelazarían nexos coincidentes, unánimes. Por ejemplo, para condenar guerras como la de Irak (o la que fuere), y la infame situación de los inmigrantes, para quienes la fobia del racismo no cesa ni con la muerte, todo por haber nacido con otro color de piel y sin nada en el bolsillo (Alvear, 2012: 127).

Positiva valoración que se ratifica en otro apartado de la novela, cuando se destaca que Clara se admira del escritor Antoleano Galán, porque en vez de lucrar de su fama se pone de lado de los más excluidos, de los menos favorecidos, en la inequitativa distribución de los bienes materiales y simbólicos: se delataba en su libro como amigo de los inmigrantes, contradictor de xenófobos y cabezas rapadas, de quienes gustan de las guerras rápidas y del mal olor de los negocios (Alvear, 2012: 36).

A este respecto, lo positivo y digno de destacar, en la realidad social de España, es que frente a los brotes de racismo y xenofobia, de parte de una minoría de habitantes de la nación ibérica, están, también, los de mente amplia y corazón generoso, siempre prestos a demostrar su solidaridad apertura a los extranjeros, motivo por el cual hay que:

hacer justicia a la mayor parte del pueblo español que rechaza esta situación y se solidariza cada vez más con los nuevos proscritos de la tierra. Sindicatos, ONG, movimientos asociativos, Iglesia, hombres y mujeres de buena fe, jóvenes (...) protestan y actúan para rechazar el trato indigno que reciben estos trabajadores” (Goytisolo, 2000: 125).

En La seducción de los sudacas, los malos tratos, lindantes con la xenofobia y el racismo, en desmedro de la condición humana de los emigrantes ecuatorianos sin papeles están, asimismo, presentes: “basura importada a bajo precio, maldita la hora en que Colón descubrió América, tenéis podrido vuestro país y venís a podrir el nuestro” (Carrión, 2010: 70), son las duras expresiones con las que se dirige un español a un emigrante ecuatoriano indocumentado.

Por estas razones, en la época de la fiebre migratoria, en Madrid para un ecuatoriano es hasta muy difícil encontrar un piso para arrendar, por la mala fama que tienen los connacionales. Un personaje de la novela de Carlos Carrión da cuenta de esta dura realidad: “La mujer me pregunta mi nacionalidad, se la digo y ella dice que ya está alquilado. Le agradezco, llamo a otro y es lo mismo; a otro y a otro, y todos alquilados, como si adivinaran mi desdicha y no quisieran inquilinos desdichados o ecuatorianos” (Carrión, 2010: 616).

Otra caso de evidente expresión de racismo es el ataque que sufre una prostituta ecuatoriana de

color negro (Doly), de parte de un neonazi, quien la deja inconsciente en la calle:

“Cuando, por fin, sentí que se corría, me dije ahora se calmará este cabrón; pero no, fue cuando sentí el primer golpe con una manopla de neonazi y no supe más de mí” (Carrión, 2010, p. 285).

Cuando se pone de manifiesto algún reclamo o evidencia de inconformidad, por leve que este fuera, de parte de una emigrante ecuatoriana que trabaja como empleada doméstica, las expresiones de racismo y xenofobia, de parte de la patrona, son inmediatas:

“Coño, aún no te has enterado de que los sudacas y los negros nacieron para esclavos, joder, chilla” (Carrión, 2013: 96).

En relación a las actitudes racistas y xenofóbicas, lo más preocupante es que no sólo se ponen de manifiesto de parte de los ciudadanos nativos del país de acogida en contra los emigrantes ecuatorianos, sino también de éstos en contra de los negros con quienes, por falta de trabajo, se ven obligados a compartir un albergue y la comida que en él se distribuye de manera gratuita. Aunque no se lo exprese de manera directa, las expresiones de uno de los personajes de la novela citada son por demás elocuentes

Un follón de negros (...) Había negros en el salón de juegos, desbaratando los futbolines, negros en la biblioteca, negros en la enfermería, negros en la puerta de consignación de equipajes, negros en el ropero, negros en la sala de TV, negros en los baños, negros en los dormitorios. No se diga en el comedor. Todo negreaba en el albergue (Carrión, 2010: 244-245).

III. EL MALTRATO EN EL TRABAJO QUE RECIBEN LOS EMIGRANTES ECUATORIANOS, A CONSECUENCIA DE SER LOS “OTROS”

Como consecuencia de ser los “otros” y de no tener los papeles en regla, los emigrantes ecuatorianos en España se ven obligados a realizar los trabajos más difíciles y, por ellos, recibir una paga siempre inferior a la legal; en estas difíciles circunstancias de alta vulnerabilidad, los malos tratos a los inmigrantes “sin papeles” y los sentimientos xenófobos de ciertos españoles tampoco se hacen esperar; por ello, con la finalidad de no sentirse identificados y perseguidos por la policía española, quienes no han logrado regularizar su estadia ni siquiera hablan, se sienten amenazados, están obligados a mantenerse silenciosos; como lo explicita el personaje protagónico de La memoria y los adioses: “El tren está repleto de pasajeros, la mayoría son obreros como yo y, al igual que yo emigrantes. Hablan poco, tienen miedo a rebelarse. Silenciosos, con la mirada anublada por el sueño, se arraciman unos contra otros, vencidos por la fatiga y el desgano” (Valdano, 2006: 126).

Sin embargo, en las novelas ecuatorianas analizadas, el personaje que más maltratos sufre, de parte de sus patronas, en los distintos trabajos que desempeña, en calidad de emigrante, es Lucy, la protagonista de La utopía de Madrid, de Carlos Carrión, ya que esta pobre mujer parece estar condenada a recibir continuos maltratos, incluso de los ancianos o pequeños niños, a quienes con tanto esmero cuida.

Los malos tratos de doña Pilar, que es la primera patrona con la que Lucy trabaja son permanentes, aunque la empleada doméstica no pare de hacer durante todo el día y no termine sino a la medianoche, momento en el que tiene que ir corriendo para abordar el último turno del metro, para dirigirse a dormir en el piso compartido, las inconformidades de la patrona son frecuentes:

‘No sabes hacer nada, Lucy,’ me grita. ‘No tienes ni puñetera idea de lo que es tener un chalé en condiciones, maja. Tu amiga Rudy me ha mentido’ (...) Y, cuando no dice eso, chilla que su dormitorio y el de las niñas están llenos de mierda (...) La primera vez dejé la plancha y volé a ver qué animal se había metido en la cocina, y era la señora. ‘Mira las cucharas, coño, me gritó. Mira las ollas, mira las sartenes, guarrísimo todo. Pura mugre, pura mierda’ (Carrión, 2013: 26-27, 31).

De tan mal que la trata doña Pilar, la propia hija de ésta, Andreíta, una adolescente de generoso corazón y sentimientos muy nobles, no obstante la falta que le hará, le sugiere a Lucy que abandone el trabajo y vaya a buscar ocupación en otro sitio: “Mejor es que te marches de esta casa (...) vete de esta casa, por favor, Lucy. (...) porque mi madre es capaz de pirar a cualquiera. De tan maniática, Lucy. Y me cuenta que una chica anterior fue a parar en un psiquiátrico. ¿La filipina?, le digo. No, Duli, la peruana” (Carrión, 2013: 37).

En otra ocasión, cuando Lucy le comunica al hijo de la anciana a la que cuida que se va a ir a trabajar en otro lugar, en donde le han ofrecido pagarle más y espera un mejor trato, recibe los peores epítetos del empleador:

‘¿Es por pasta, eh? Igual que una puta al mejor postor, igual que una cabrona, ¿eh? (...) Lárgate a tu puto país, joder’, me grita y me da un empujón que me lanza de buche en el vestíbulo. Y, como si fuera poco, madre mía, la amenaza de irme a denunciar en una comisaría por sudaca ilegal y puta (Carrión, 2013: 67).

En un posterior trabajo, el esposo de la pareja de ancianos a los que cuida, pese a ser una magnífica persona; sin embargo, cuando a su mujer le atacan las crisis de depresión desfogando su angustia y desesperación en contra de la empleada doméstica, a la cual llega hasta a agredirla físicamente: “El viernes me cruza la cara con un bofetón, aprovechando que me tiene cerca cuando le llevo el desayuno a la cama (...) Me sangra la nariz por el golpe, lloro de dolor” (Carrión, 2013: 75).

Cuando ingresa a trabajar en casa de una jueza, la inconformidad con el trabajo que realiza Lucy y el consecuente maltrato también están a la orden del día: “Cuando llega del trabajo, mira todo y, en vez de felicitarme, Lucy, esta casa está llena de mierda” (Carrión, 2013: 87). Ni tan siquiera el buen trato, de mujer y de madre que siente la ausencia de su pequeño Carlitos, que en sustitución prodiga al hijo de la jueza merece un reconocimiento positivo, de parte de la patrona, sino todo lo contrario: “No te he dicho que en brazos, nooo. Necia, estúpida, bruta,,” grita sin importarle que el niño se despierte, sin importarle. El marido es igual” (Carrión, 2013: 88).

Con esta misma empleadora, otra forma de maltrato psicológico es la total incomunicación a que se ve sometida Lucy, por parte de los patronas: “Yo, en cambio, no puedo reírme del par de mudos que tengo en casa, sino llorar. Porque su mudéz me hace llorar y lloro por todo, madre mía, como una llorica, lloro” (Carrión, 2013: 88-89). De tan insostenible que le resulta el sepulcral silencio en el que tiene que realizar sus actividades de empleada doméstica, sin importarle las consecuencias que se puedan derivar, es la única oportunidad que se decide a expresar sus pensamientos y sentimientos, para decirle a la patrona que: “no puedo vivir en la cárcel de silencio en que me tiene”.

Los malos tratos están presentes, asimismo, cuando va a trabajar fuera de Madrid, porque la anciana a la que cuida, como tiene problemas de salud mental, cuando Lucy va a comprar productos alimenticios fuera de casa, aunque vaya rápido y retorne de manera inmediata, las señoras le reclama en voz alta: “¿En qué coño te has demorado tanto? Lo dice con un grito de loca que me hace saltar y, cuando vuelvo la cabeza, madre mía, me trata de tarada y de puta. Porque, a lo mejor, no me he ido a comprar el bacalao y los pimientos, sino al puterío” (Carrión, 2013: 99).

Para esta pobre emigrante lojana, los malos tratos de la madre de los dos niños a los que llega a cuidar, en otra de sus ocupaciones domésticas, son iguales o peores que en los anteriores trabajos; pues como dice la misma afectada: “Y para mal hablada y gruñona, llámenla. Casi no hay día en que no se cague en mi puta madre por quitarme esas pajas. Entonces su nube de humo es más negra que nunca como si fuera a llover” (Carrión, 2013: 114).

Incluso de algunos niños a los que cuida, con dedicación y amor maternal, quienes además nunca atienden lo que ella les pide ni le hacen caso en lo que les sugiere que hagan o dejen de hacerlo, también recibe embustes, mentiras y malos tratos; por ejemplo, del niño hijo de la patrona quien, injustamente, le acusa de comerse las cosas y por ello ser mal vista e insultada; sin embargo: “Lo peor, madre mía, es cuando tengo que bañarlo. Me arma un follón de injurias, jabón y agua que inunda la casa, como si estuviera bañando un toro bravo” (Carrión, 2013, p. 116).

CONCLUSIONES

Las seis novelas ecuatorianas analizadas han sido escritas, desde el punto de vista del Ecuador como país emisor de emigrantes y con base en los testimonios de algunos de sus protagonistas, quienes en varios casos han sido entrevistados por los novelistas en el nuevo país de residencia, especialmente los que viven en España y, más específicamente, en Madrid. Este hecho del contexto creador lo que hace es incrementar la verosimilitud respecto de la dureza de la realidad que tiene que experimentar y sobrevivir los emigrantes; por ello, en la mayoría de historias ficticias y en los sujetos emigrantes que las protagonizan y les dan vida, se advierte una visión bastante dolorida, desengañada, desesperanzada y, en no pocos casos, hasta negativa de la experiencia migratoria de los ecuatorianos.

Por este motivo, como es muy evidente, en las novelas analizadas se desarrollan, con mayor énfasis y detalle, los aspectos que afectan, golpean y causan dolores y dubitaciones al sujeto protagonista de la emigración y a su correspondiente entorno familiar. No de otra manera se puede explicar la percepción y traumática experiencia que

tiene el sujeto emigrante al ser tratado como el “otro”, en el país de destino y los consecuentes maltratos, expresiones de xenofobia, racismo y discriminación de que es víctima; a consecuencia de lo cual, incluso, de manera simultánea, adviene la paulatina pérdida de la dignidad humana y el autoestima personal. ■■

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alvear, Stalin (2012). *Trashumantes en busca de otra vida*. Quito: Libresa.
- Bauman, Zigmunt; Rosenber, Mirta (Trad.) (2004). *Modernidad Líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica Argentina.
- Sampere, Josep y Tudó, Enric (Trads.) (2009). *Confianza y temor en la ciudad: vivir con extranjeros*. Barcelona: Arcadia.
- Bello Reguera, Gabriel (2011). *Emigración y ética: humanizar y deshumanizar*. Madrid: Plaza y Valdés.
- Bergalli, Roberto (Coord.) (2006). *Flujos migratorios y su (des)control: Puntos de vista pluridisciplinarios*. Barcelona: Anthropos.
- Caparrós, Nicolás (2010). “Del narcicismo de las pequeñas diferencias al racismo”, en
- Carrión, Carlos (2010). *La seducción de los sudacas*. Loja: Inédito.
- Carrión, Carlos (2013). *La utopía de Madrid*. Quito: El Conejo.
- Carrión Márquez, Mauricio (s.f.). *El sudaca mojado*. Machala: Gobierno Provincial Autónomo de El Oro.
- Césaire, Aimé (s. f.). *Cuaderno de un retorno al país natal y otros poemas*. Libro digital editado por la Sociedad Internacional de Escritores. [Consultado de la Página Web: www.soines. Org. 29p, el 26 de febrero de 2014].
- Chambers, Iain; Eguía, Marta (Trad.) (1995). *Migración, Cultura e Identidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Collier, Paúl; Ros González, Miguel (Trad.) (2013). *Éxodo: inmigrantes, emigrantes y países*. Madrid, Turner Publicaciones.
- Derrida, Jacques (2003). *Espectros de Marx: el estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva internacional*. Madrid: Trota.
- Goytisolo, Juan; Nair, Samí (2000). *El peaje de la vida: Integración o rechazo de la emigración en España*. Madrid: Aguilar.
- Levinas, Emmanuel; García-Baró, Miguel (Trad.) (2012). *Totalidad e infinito: ensayo sobre la exterioridad*. Salamanca: Sígueme.
- Lucas, Javier de y otros (2012). *Inmigración e integración en la UE. Dos retos para el s. XXI*. Vitoria: Irudi.
- Marco Simón, Francisco; Pina Polo, Francisco; Remesal Rodríguez, José (eds.) (2004). *Vivir en tierra extraña: emigración e integración cultural en el mundo antiguo: Actas de la reunión realizada en Zaragoza los días 2 y 3 de junio de 2003*. (Colección instrumenta, N° 16). Barcelona: Universidad de Barcelona.
- Murillo Muñoz, Javier (2009). *Rostros de la migración. Experiencias comentadas de inmigrantes colombianos y ecuatorianos en España*. Bogotá: Códice.
- Ortega Cuentas, Julio (2007). “El sujeto del exilio”, en Martínez Gómez, Juana (ed.). *Exilios y residencias: escrituras de España y América*. Madrid: Iberoamericana. Pp. 13-24.
- Ortiz Crespo, Gonzalo (2009). *Los hijos de Daisy*. Quito: Alfaguara.
- Pedone, Claudia (2006). *Estrategias migratorias y poder: Tú siempre jalas a los tuyos*. Quito: Abya Yala.
- Said, Edward; García Pérez, Ricardo (Trad.) (2005). *Reflexiones sobre el exilio: ensayos literarios*. Barcelona: Debate.
- Sanfeliu, Isabel; Varona, Jesús (eds.). *Migración, racismo y poder: el narcicismo de las pequeñas diferencias*. Madrid: Biblioteca Nueva. Pp. 12-28.
- Tello, Antonio (1997). *Extraños en el paraíso: inmigrantes, desterrados y otras gentes de extranjera condición*. (Colección del Viento Terral). Barcelona: Flor del Viento Ediciones.
- Valdano Morejón, Juan (2006). *La memoria y los adioses*. Quito: Norma.